

PAREDES, Alberto. *Y todo es lengua. Diez preguntas literarias*. México: Siglo XXI. 2016.

Fascinado por la lírica, el ensayo de Alberto Paredes es una mirada personal y unívoca sobre la literatura marcada por la pasión del lector. Es un análisis de los tótem de la literatura. Se inicia en la vanguardia, en un estudio de *Altazor*, el del vuelo abierto pero apretado sobre la creación, que canta por igual a la mujer, al amor, a la palabra. La introducción abismal a los 33 años del poeta, le sugiere crear desde la nada, aunque carece de importancia. Porque lo suyo, lo de este profesor que goza en la palabra, es zambullirse en las aguas calientes de la idea, acompañado por las cálidas olas de la retórica, especialmente la música que marca su compás de métrica y ritmo. La abundancia chilena de anáfora constante se repite en la sobreabundancia de Neruda, inacabable, inabarcable, especialmente ese “Último Neruda” que confraterniza con Quevedo y Darío “en el tiempo que los abate” (58). Frente a ellos Borges es un “antisistema”, indaga vorazmente en el clasicismo para zambullirse en la verosimilitud de lo fantástico, alejado de la representación, mientras el ensayo dialoga con el cuento como ejemplifica en *El hombre de la esquina rosada*. Lezama por el contrario se aleja de la razón para sumergirnos en el mundo del rumor, en un universo de palabras que eluden la explicación, la lógica y el tema en un litigio entre expresión/sentido (93), porque como recuerda divertido, en la poética de Lezama no “puede salir la marquesa a las cinco a tomar el té” (103).

Y surge México de la mano de Alfonso Reyes, precedido de Ruiz de Alarcón para presidir la idea de la mexicanidad, y como fiel discípulo destaca la afirmación de Antonio Alatorre que pone el fiel de la balanza en el caso de Ruiz de Alarcón: el interés por la dramaturgia que no por la mexicanidad. Por el contrario Reyes encara la mexicanidad con ecos de “bolivarismo” (118). El diálogo con Alatorre se continúa en los comentarios que Federico Álvarez y Ambrosio Velasco esgrimen y que contribuyen con este trío de voces a configurar la propuesta de mexicanidad encabezada con el comentario de Reyes a Ruiz de Alarcón.

Abiertamente centrado en la mexicanidad Paredes dialoga con el texto y comunica los “descubrimientos” que se han producido en él con su “candor de oidor de versitos” (138). Por eso, como inquisidor constante de las lecturas se permite dialogar con los versos y preguntarles por los octosílabos o los decasílabos, porque va por los caminos del verso y los cuenta como si fueran esos caporales o esos compañeritos que aparecen en las fiestas del Señor de las Indulgencias de Zembo, allá por Guerrero, y descubrir así que existe un trístico polimétrico y a dos voces en un suceso habitual y cotidiano que no se aleja del habla popular. Engarzar la literatura y la vida con el oído, que no odio, atento de la música. Y así llegamos al séptimo capítulo, y central en mi opinión: ¿Por qué los estudiantes de literatura no estudian literatura? Y el profesor que hoy es desde el número mágico y consagradorio de treinta y tres años de profesión se remonta a sus inicios para verse

a sí mismo escuchando con otros “groupies de gayola” a Antonio Alatorre en su discurso de ingreso en el Colegio Nacional. Y en su doble perspectiva de adscripción nativa, no podían faltar dos de los dioses del elenco galo: Madame Bovary y Flaubert. Ambos preceden al cierre: “Y todo es lengua”, una afirmación de su sentido y finalidad como escritor porque todos los “que creemos firmemente que tiene caso seguir aportando nuestros lienzo, partituras, mármoles, poemas, novelas, e incluso ensayos y tratados de nuestro camino es esforzarnos contracorriente” (220). Por eso se echa de menos a un Don Quijote ardido que enfrente con su adarga en ristre los molinos del verso.

Rocío OVIEDO PÉREZ DE TUDELA
Universidad Complutense de Madrid